

—Y la muchacha qué dice?

—No importa lo que diga, casándome con ella el negocio está arreglado.

—Y su padre?

—Es negocio hablado entre los dos.

—Eso era lo que se trataba de saber, dijo para sí el mulato, y se salió al mostrador.

Durante esta disputa, nadie percibió la entrada de dos embozados que tomaron asiento en una mesa cercana al grupo de la disputa.

—Hola! hola! gritó el estudiante; aquí tenemos al maestro de aposentos del colegio de San Nicolas, nos debe una copa por haber entrado con tanto silencio.

—Y las pago, dijo Pontolongon, es muy justo.

Lino volvió á entrar, y todos bebieron á la salud de los recién llegados.

El barbero se acercó al maestro de aposentos y le dijo al oído:

—Necesito á usted con urgencia.

—Aquí podemos hablar, ya todos están atarantados.

—Esta bien, no hay inconveniente: he pedido ya á Rosalía, y su padre, para librarla de esta desgracia que la amenaza con las pretensiones del estudiante Pedraja, me ha concedido su mano.

—Y no ha surtido efecto lo de la vieja?

—Ninguno, si no es asustarla terriblemente.

—No importa, si ya todo está arreglado con el padre; además, mañana yo estaré en la casa á exhortar á Rosalía á que acepte el matrimonio.

—Deseo que me favorezca usted con su empeño.

—Cuenta usted con mi proteccion.

—Ya sabe su paternidad que no me daré por bien servido.

—Lo comprendo.

—Es necesario librarnos cuanto antes del estudiante.

—Buscaré una coyuntura para soplarlo á la Inquisicion, que es el sitio mas á propósito para esta clase de truhanes.

—Eso es, la Inquisicion, perfectamente discurrido.

—Afortunadamente mi dicho pesa algo en el ánimo del Tribunal, y entrará en el negocio que tengo pendiente con un alto personaje y el familiar.

—Luego se trata del obispo, pensó el flebotomiano.

Fray Angel de la Divina Infantita guardaba silencio, y de cuando en cuando apuraba un sorbo de catalan.

El fraile paseaba sus miradas indagadoras sobre cada uno de los personajes de la taberna.

Después que el barbero se retiró de la mesa donde estaba el padre Pontolongon, fray Angel le preguntó á este de qué se trataba.

—Nada menos que de una fortuna inmensa, reverendo padre; figuraos que don Manuel Perez de Treviño es un portugues riquísimo, dueño de hacienda y ranchos, y tiene mucho dinero en numerario.

—Portugues? preguntó fray Angel.

—Portugues, reverendo padre, contestó el maestro de aposentos.

—Debe ser hereje por fuerza.

—Creo que no, porque su piedad es reconocida en la feligresía.

—Adelante.

—Pues el susodicho don Manuel tiene en su casa á una niña hermosísima, que se llama Rosalia, y á quien pretende el flebotomiano.

—Hola! hola! el señor de Ramos.

—El portugues abomina al familiar, y ha jurado casarle con ese desgraciado antes que entregársela al estudiante; la muchacha no le ama precisamente, pero al estudiante lo idolatra; cosas de la juventud, errores de las niñas inexpertas.

—No creo que sea este el caso, padre Pontolongon, porque

entre el maestro de sanguijuelas y el familiar, no hay que pensar mucho.

—No importa, el barbero *nos* promete una cantidad regular-cilla si le ayudamos en la empresa, que por otro lado nada tiene de reprobada.

—Ya lo creo.

—El familiar es todo un calavera, ya lo ve su reverencia, medido en una taberna.

—Qué escándalo! exclamó fray Angel dando un sorbo de aguardiente; cierto es que nosotros nos encontramos en el mismo sitio, pero es con permiso y vénia del Santo Tribunal.

—Eso es, no habia reflexionado.

—Concluya esa historia, que ya está la noche muy entrada.

—El barbero ha buscado á una vieja á quien llaman la madre Paulina, para que *hechice* á la muchacha.

—Ave María Purísima! exclamó el fraile santiguándose por tres veces.

—No os azoreis, reverendo padre, todo ello consiste en que le hable de su amor, de sus sacrificios, del matrimonio, y le haga consentir en olvidar á ese zángano del estudiante.

—Ya tengo orden de practicar una averiguacion.

—La practicaremos y vereis que en nada os he mentido.

—Padre Pontolongon, me parece que estais inficionado de heregía.

—Líbreme Dios de semejante cosa, reverendo padre; yo he hablado con esa mujer, porque á nosotros nos es lícito en pró de la religion católica.

—Hum! hum! dijo el fraile tomando otro trago.

—La bruja ha hecho su oficio, pero infructuosamente; la muchacha no ha cedido un ápice y es necesario ocurrir á la Iglesia.

—Debía haberlo hecho antes de probar esos medios tan torcidos.

—Disculpad á un enamorado.

—Conque decís que es portuges Treviño?

—Sí, reverendo padre.

—Pensaremos, pensaremos sobre el particular.

IV.

Mientras el barbero hablaba *sotto voce* con el padre Pontolongon, y este á su vez con fray Angel, el estudiante salió á preguntar á Lino el Mulato sobre su conversacion con el flebotomiano.

—Nada tiene usted que esperar, dentro de ocho dias se casa con Rosalía y punto concluido.

—No tan concluido que digamos, porque esta noche mato á ese raspa-carrillos.

—Poco á poco, eso seria en balde, cuando hay medios mas á propósito para deshacerse de él.

—Indíquemelos.

—Mañana.

—No, ahora.

—Es que la cólera y el aguardiente os han cegado.

—Habla, Lino, ó cargan contigo todos los diablos.

—Cuidado conmigo, señor familiar, porque las bravatas harán que no diga una palabra.

—Bien, ya no insisto, seguiré tus consejos, dime lo que tengo de hacer.

—Por ahora nada, idos á recojer, porque un escándalo seria... un escándalo.

—Me hace muy mal estómago ese hombre, he sabido esta noche que una bruja obligaba á una hija de confesion de un clérigo asistente á la tertulia del obispo, á que se fuese con este saca-muelas, y he sospechado que----

—Hé ahí el negocio de que pienso hablaros.

—Luego sabéis la infamia de la bruja?

—Sí, y mañana diré donde vive para que se dé parte al Santo Oficio y se practique la averiguación.

Exaltado el familiar al relato del plan del barbero y á los menudos tragos del aguardiente, se entró en la trastienda, recargóse en la mesa, tiróse el sombrero á los ojos, y comenzó bajo el ala á ver de hito en hito al barbero.

Este quiso provocar una reyerta para dar con el estudiante en la cárcel, y parándosele frente á frente le dijo:

—Vuesarcé quiere algo conmigo?

—No, mañana será cuando os llame para que me hagais la barba.

—Es que mi mano puede desde ahora llegar á vuestras barbas.

—De qué manera?

—Así, dijo el barbero, y dejó caer su mano sobre el rostro del estudiante.

Pedraja tiró de la espada y cargó con tal fuerza sobre el flebotomiano, que lo bañó en sangre y lo tendió á cintarazos medio muerto.

El subdiácono Pontolongon quiso tomar parte por el barbero, y ya ciego el familiar arremetió contra el maestro de aposentos dándole una felpa inolvidable.

Eran tales las blasfemias y los gritos, que fray Angel parándose sobre una mesa gritó con voz de trueno:

—Daos presos en nombre del Santo Oficio! y descubriéndose mostró su cerquillo y una insignia que llevaba á su pecho como delegado de la Inquisición.

Reinó un silencio profundo.

Repúsose el estudiante, reconoció á fray Angel, y le dijo:

—Conque vos estais tambien en la taberna?

—No teneis derecho de interrogación.

—Ni vos tampoco; porque este es el tribunal de los bebedores.

—Yo os conmino en nombre del Santo Tribunal.

—Y á mí no me da la gana; porque estais ébrio como nosotros.

—Favor á la Inquisición! gritó el fraile en la puerta de la tienda.

La ronda acertó á pasar en aquellos momentos, y se entró en la taberna; entonces Pedraja dió un cintarazo al candil, que se apagó instantáneamente.

La confusión mas grande se introdujo en la reunión, todos gritaban, sacudían las sillas y las tizonas sin saber á quien herían ni en donde daban.

Pedraja sintió que una mano áspera y nervuda lo tomaba por el brazo; conoció que era la del mulato y se dejó conducir en medio de aquella tormenta.

El mulato entreabrió una puerta que daba á las habitaciones interiores y sacó al estudiante de aquella Babilonia.

Lino entró con una candileja de tres mechas al campo del combate y todo entró con la luz en reposo.

—Aquí hay brujas seguramente, dijo fray Angel, y vos me habeis hablado de ellas hace un momento, padre Pontolongon; os apreso en nombre del Santo Oficio.

—Piedad! siquiera porque estoy hecho pedazos, magullado y desconchavado á garrotazos.

—No hay piedad, lleven al herido al hospital, y todos los concurrentes quedan á disposición del señor justicia, dijo el gefe de la ronda.

—Y quién me paga los daños y perjuicios, señor alcalde?

—Este hombre tiene razon, llévenlo á la cárcel para que se ajuste la cuenta.

—No, excelentísimo señor, exclamó el mulato, todo se los perdono.

—Bien, la declaración está hecha delante de testigos.

—Y lo repito, una, dos y tres veces.

—Y dónde está el jóven que ha causado este escándalo? preguntó fray Angel.

—Ha desaparecido.

—Lo dicho, hay brujas en este asunto.

Toda la concurrencia se estremeció de pánico.

Los parroquianos de Lino salieron en cuerpo de patrulla y derechos á la cárcel de ciudad.

En cuanto al padre Pontolongon, fué conducido al arzobispado por tener fuero eclesiástico, cuya preeminencia nada pudo valerle á la hora de la paliza.

V.

Luego que desapareció la ronda con su cargamento de presos, una horrible vieja asomó las narices por la puerta que se tragó al estudiante y soltó una carcajada infernal.

El mulato respondió con una maldición espantosa.

—Madre Paulina, temo un cateo esta misma noche.

—Yo no, amigo mio, ademas que la Inquisicion me tiene sin cuidado, yo les sirvo mucho á esos señores para que quieran deshacerse de mí.

—Pero yo peligro, madre Paulina.

—Eso importa poco, tengo buenos empeños para sacarte de las garras de los golillas.

—Digo que estoy teniendo miedo.

—El miedo es la denuncia.

—No, eso jamas.

—Como que mis brujerías te han enriquecido.

—Es cierto, pero donde lo descubran me aporrean.

—Eres un mandria, luego que explotemos esta ciudad, recorreremos las otras hasta tener mucho oro, mucho, entonces te hablaré de mis proyectos.

—Ya tenemos el suficiente.

—Todavía no, me falta redondear el negocio de Treviño.

—Ese va mal.

—He variado de rumbo, protegeré al estudiante; como á ese lo ama Rosalía, no me costará trabajo arreglar hasta su matrimonio clandestino, el familiar es despilfarrado y le parecerá bajo el precio.

—Teneis razon, madre Paulina.

—Mañana espero á Pedraja.

—Lo enviaré con cualquiera pretesto, y os participo que ya sabe vuestro mamotreto y se lo ha dicho Rosalía nada ménos que al padre confesor.

—Todas hacen lo mismo cuando no quieren á un hombre; te apuesto mi cabeza que no dirá nada cuando la bruja le proporcione una carta ó una entrevista con el estudiante.

—Sois el demonio, madre Paulina.

—Cerca le ando cuando estoy junto á tí; vamos, besa esta mano que te da tanto oro.

—Con mucho gusto, dijo el mulato, y estampó sus labios regordidos en los cartílagos de aquella mano huesosa.

—Así te quiero, obediente y sumiso, ya verás cuando seamos ricos, entonces sí que llevaremos otra vida.

—Ya lo deseo; porque esta me va enfadando horriblemente.

—Concluyamos con lo de Treviño y nos marchamos á la corte; estoy por comprarte un título, este virey su excelencia Branciforte, es capaz de vender hasta su fé de bautismo; no se ha sentado un hombre mas rapaz en las sillas de palacio; vamos, que su excelencia es peor que Garatuza.

—La fama lo dice.

—Y él no lo niega.

—Tengo un sueño que me tira, dijo el mulato, idos á descansar.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La bruja desapareció tras la puerta, el mulato se acercó de puntillas, observó algunos momentos, y después, abriendo con el mayor cuidado la puerta de la calle se escurrió en silencio entre las sombras del crepúsculo que comenzaba á dibujarse en el horizonte.

CAPÍTULO V.

LA BRUJA Y LA INQUISICION.

I.

La ciudad de Valladolid supo al día siguiente que las brujas habian caido en la taberna de Lino el Mulato; que después de matar las luces del candil, aporrearon á los parroquianos, y solo huyeron cuando fray Angel las exorcizó; que el delegado de la Inquisicion hizo capturas importantes, entre ellas una inesperada; porque nadie hubiera imaginado cómplice de las brujas al padre Pontolongon.

Los amigos del señor obispo ocurrieron al obispado en busca de noticias, que salieron á recibirlas, pues no faltó quien contase desde luego la paliza del señor de Ramos y la desaparicion del familiar Pedraja á quien las brujas se robaron de la taberna.

Hubo vieja que aseguró haber oido los gritos del estudiante cuando lo pasaron por el techo de la casa montado en un palo de escoba.

Acrecentóse el tumulto cuando fray Angel salió del obispado